

Retratos Consaburenses

FRANCISCA «LA MONJERA»

Han existido siempre en nuestros pueblos, y siguen existiendo personas irrepitibles que, integradas dentro del tejido urbano, han sido protagonistas de la vida ciudadana de una manera que les convierte en parte indispensable de la misma en cualquiera de sus manifestaciones y actividades. La mayoría de ellas son recordadas durante mucho tiempo después de su desaparición de la vida pública y pasan a pertenecer al imaginario popular, siempre tan rico y variado.

Hoy queremos referirnos y recordar a una de esas entrañables personas que, aún no nacida en Consuegra, ha llenado indiscutiblemente toda una época en uno de los enclaves más céntricos y emblemáticos de la ciudad, como es el constituido por el tramo final de la Calle del Carmen y la Puerta de Madrideojos. Si les digo que se trata de Francisca Jiménez Luengo pocos sabrán quién es. Si la nombro como "Francisca, la monjera", la mayoría de los que lean estas líneas tendrán en la memoria a esta mujer menuda de estatura, delgada y de aspecto frágil, pero siempre activa y ocupada, diligente y presurosa, a la vez que sonriente y amable, que durante más de cinco décadas ocupó el puesto de portera y demandadera del secular Convento consaburenses de las Madres Carmelitas Descalzas y habitó junto a su familia la casa aneja al mismo destinada a su vivienda.

Nace Francisca en 1926 en Rivilla de Barajas, dentro de la castellana provincia de Ávila, formando parte de una cristiana familia dedicada a las labores del campo y formada por sus padres y tres hijos, uno mayor de un primer matrimonio y dos hijas del segundo, que pronto se traslada a la cercana localidad de Fontiveros. Y es ese lugar tan sanjuanista, patria de San Juan de la Cruz, y por ende tan teresiano, al albergar uno de los más antiguos "palomarcitos" de la Reforma descalza, el que marca el futuro y el destino de Francisca. Su hermana, Nicolasa, siente a los 19 años vocación a la vida religiosa contemplativa y profesa como Monja Carmelita en Consuegra bajo el nombre de Hermana Josefina. Y, años después, en 1963, ya casada Francisca desde 1950 con Rufino Martín Rodríguez, y con su primera hija, Mari Tere, en el mundo, abandona Fontiveros para trasladarse a nuestra



ciudad llamada por la Comunidad carmelita consaburensis y su entonces Priora, Madre Eufemia, para hacerse cargo de la aludida labor de servicio a la misma, tan delicada y necesitada de persona de la máxima confianza y lealtad.

Llega así pues Francisca a la antigua casa del convento, sin más contrato ni sueldo que el uso gratuito de la misma, sin serle compensado el gasto del agua ni de la luz, aunque sí posteriormente su alta en los seguros sociales. Rufino, un labrador serio y trabajador, buen esposo y padre de familia, comienza ejerciendo labores de campo para pasar luego a desempeñar las de repartidor de prensa y finalmente, hasta su jubilación, las de empleado en la empresa de gasolineras de la ciudad, en las que la mayoría de los lectores le recordarán. Ambos se van integrando perfectamente en su nuevo entorno, llegando a ser unos vecinos muy queridos y apreciados y considerados como unos consaburenses más, condición que por derecho propio adquiere su segunda hija, Mari Carmen, nacida en 1965. Disfrutaban ella y su familia después de la nueva vivienda que estrenan ya en los años 70 en la planta baja del nuevo edificio construido para albergar tanto la misma como la del capellán, así como otra para huéspedes del convento.

Y poco a poco, día a día, mes a mes, año a año, se va convirtiendo Francisca en la imagen externa de su querido convento, hasta llegar a identificarse completamente con él. Tiene dentro a su hermana, pero también a un grupo de monjas que la aprecian y quieren sobremanera, que confían y se apoyan en ella cada día más. Ella abre y cierra diariamente la iglesia para la misa diaria y la puerta externa del torno, dispone todos los elementos del altar en directa colaboración con la Hermana Sacristana, realiza las compras de todo tipo para la Comunidad y cuantos mandados se le encargan, entre ellos y en numerosas ocasiones la entrega puntual y en perfectas condiciones a domicilio de los primorosos trabajos en bordados y limpieza de prendas que durante muchísimos años llevó a cabo aquella y que constituían la base principal de su economía y subsistencia. ¡Cuántas veces se la veía salir y entrar cargada, pero sin desmayo, siempre sin parar, a diferentes horas del día por esa reja que separa de la calle el acceso conventual! De la gran cantidad de anécdotas que de ella y por ella podrían contarse y que necesitarían un gran espacio, hay una que define muy bien sus actividades y las dificultades que para desempeñarlas tuvo que superar desde su llegada. Es tradición más que conocida en Consuegra la invitación que anualmente las monjas realizan en julio a un gran número de señoras para constituir la mesa petitoria que a los pies de su iglesia se instala durante la celebración de los tan populares novenario, velada y procesión de la Virgen del Carmen. Pues bien: en los primeros años de su estancia, recibía Francisca de la Hermana Tornera, la monja con la que siempre mantenía más directo contacto y comunicación, un gran fajo de sobres a repartir en los que solamente figuraba el nombre y primer apellido de esas señoras... ¡e incluso algunos solo el nombre de pila!.....sin más señas ni dirección. Figúrense, sin conocer ella todavía a la mayor parte del pueblo.....Pero no se arredraba Francisca, se buscó un buen colaborador en Félix Mercader, que entonces cumplía tareas

Y poco a poco, día a día, mes a mes, año a año, se va convirtiendo Francisca en la imagen externa de su querido convento, hasta llegar a identificarse completamente con él. Tiene dentro a su hermana, pero también a un grupo de monjas que la aprecian y quieren sobremanera, que confían y se apoyan en ella cada día más.

de guardia urbano, y éste le proporcionaba los datos de casas, calles, familias e incluso apodos, más que suficientes para que, lista y espabilada como ella era, todos los sobres quedasen entregados y no viniese de vuelta al torno ni uno solo de ellos. Esto, repetido durante años y años, le sirvió para ir conociendo, tratando y familiarizarse con tantas y tantas personas con las que llegó a tener una gran confianza y amistad. Y no me resisto a concluir esta semblanza sin resaltar en dos palabras como Francisca y Rufino llegaron a formar una verdadera familia con las monjas mediante un dato que denota además su gran generosidad:

En momentos de apuro y falta de liquidez ocasional de las mismas, les prestaban la cantidad que dentro de sus limitaciones familiares les era posible para echarles una mano incluso de esa manera, dándoles igual que les fuera reintegrada o no.

Fallecidas a lo largo de los años tanto su hermana como la mayoría de las monjas antiguas, permaneció ella puntual cumplidora de su labor con las que se iban incorporando hasta muchos años después de cumplir la edad de jubilación. Fue tras fallecer también su querido esposo Rufino en 2014 e irle faltando las fuerzas, cuando se trasladó al domicilio consaburensis de sus hijos Mari Tere y Félix, que con tanto cariño y mimo la tratan y cuidan en su lúcida ancianidad al igual que hace su otra hija residente en Madrid.

Al tiempo de rendir este homenaje de reconocimiento y de gratitud a Francisca en nombre de cuantos lectores de estas líneas la trataron y estimaron, termino pidiendo a los mismos un esfuerzo de atención y ayuda hacia ese Convento carmelita que formó parte tan intrínseca de su vida y que forma parte tan inseparable de la historia religiosa de Consuegra y de las vivencias espirituales y costumbristas de tantas y tantas generaciones de consaburenses. Corren malos tiempos para este tipo de instituciones y no podríamos perdonarnos él no haber luchado por su mantenimiento ni cabría el posterior lamento si el mismo no se consiguiera.

JOAQUÍN LÓPEZ FERNÁNDEZ-COVARRUBIAS



¡¡MANTENTE AL
DÍA CON TU APP
MUNICIPAL!!



www.aytoconsuegra.es

